

cida; resolvióse á obligarla con agravios, ya que no se dejaba conquistar con verdades, y procurar conocer el labrador venturoso que la merecía, como si no fuera él solo el dueño de su albedrío, pues él solo era á quien amaba, y con él mismo le daba celos; y para esto ordenó mostrarse públicamente agradecido á una labradora de gentil brio, de mucha riqueza y de razonable calidad, que se preciaba de entendida, y habiéndole escuchado algunas veces, se había aficionado á su entendimiento, y en cualquiera ocasion que podia hablarle daba á entender que no le quería muy mal. Empezó Cardenio á mostrarse amante suyo, y ella á tenerse por dichosa en pensar que merecía sus desvelos; escribía discreto, aunque mentiroso, y ella respondía bachillera, aunque agradecida; y esto á tiempo que ya Silvia olvidada de su fuerte condicion, le amaba con tantas veras, que lo pagaba su salud, porque advirtiendo que era noble, se le hacia mas lástima juntar su sangre con quien había de mancharla, y mirándole á él, la parecía imposible pasar la vida sin sus brazos; de manera que ni se atrevía á quererle, ni se determinaba á olvidarle. Así estaba la hermosa Silvia cuando llegó á sus oídos el nuevo empleo de su mudable amante, y como la halló tan dispuesta para cualquiera desdicha, fué mucho que la dejasen con vida los celos. Quiso castigar su amor y trocarle en aborrecimiento, mas no pudo, que el amor con nuestra voluntad se toma, mas no se deja. Quisiera darle á entender su pesadumbre en viéndole, y no se atrevía, porque si amaba á otra, era poner en contingencia su estimacion; en fin, la pareció mejor callar su sentimiento, si pudiese, aunque sufrir los celos sin dar voces era demasiada mortificacion en el gusto; y una tarde, que porque saliese á honrar los campos la convidaba un fresco viento, se fué á comunicar con la soledad sus congojas, y á dar parte á las aves de sus pensamientos, porque si se preciaban de parleras, le dijese á Cardenio lo que padecía; y volviendo los ojos hácia la falda de un pequeño monte que servía de diadema hermosa á lo demás del campo, vió que tres hombres alevosamente injuriaban la vida de uno solo que bizarro se defendía, y animándose cuanto pudo, fué á impedir con sus ruegos y su hermosura el riguroso fin que prometían tan desatinados atrevimientos, y por mucha prisa que se dió para cumplir con la piedad de su deseo, ya cuando llegó fué tan tarde, que los enemigos del valiente mancebo, aunque heridos peligrosamente, iban huyendo por dejarle, á su parecer, muerto ó con poca esperanza de vida. Llegó Silvia, y vió entre los brazos de una hermosa zagala al triste inozo, que bañado en su sangre con un mortal desmayo, daba á entender que le faltaba poco para rendirse á la muerte. Reparó Silvia, antes de preguntar el trágico suceso, en que la mujer que le acompañaba era la causa de sus celos; y volviéndose al dueño de la vertida sangre, vió que era no menos que su traidor amante, su falso Cardenio y su querido ingrato. Bien tomara por partido que pudiera tanto el sentimiento de la presente desdicha que la matase con brevedad, para que sus celos duraran menos; y

preguntando á la enemiga de su sosiego la ocasion de aquella desgracia, respondió turbada y llorosa que Cardenio, á quien amaba con extremo, estando con ella á la sombra de aquellos árboles, había tenido cierto disgusto con un hombre mas poderoso que bien nacido, sobre envidia de su fortuna y celos de su voluntad, y pareciéndole que era disparate sufrir que un hombre humilde y recién venido se aventajase á todos y fuese causa de que no le amase, habiéndole visto salir con ella aquella tarde, le siguió cautelosamente, y cuando estaban mas seguros de su traicion le acometió con otros dos que le acompañaban, y sin que bastase ponerse ella misma delante de las espadas para defenderle de sus crueldades, le habían dejado en sus brazos de la manera que miraba. Disimuló Silvia, no el sentimiento que la rasgaba el corazon, sino los celos que la abrasaban el alma, y díjola que fuese al momento y avisase de aquella desgracia en el lugar para que se procurase su remedio. Quedóse Silvia sola y cercada de mil pensamientos, por que con los celos que tan claramente tenía averiguados deseaba la muerte á quien era su misma vida; y por otra parte, como sabia de sí que le adoraba, mirábase con el ansia de verle padecer, y venía á pesar mas el amor que la enternecía que los celos que la enojaban. Alzó Cardenio los ojos, y conociendo á Silvia, espantado de verse libre de quien había sido causa de aquella tragedia, casi estimó el rigor que con él habían usado sus enemigos, por parecerle que Silvia, de lástima si quiera, había de olvidarse por entonces de sus asperezas; pero acordándose de que tenía secreto dueño de su gusto, deseaba que las heridas fuesen tales, que bastasen á quitarle la vida, pues con la muerte por lo menos no hay fortuna que se tema; mas viendo que solo en la cabeza tenía la herida que había esparcido tantos granates, porque de los demás le defendió un colete que traía debajo de aquel disimulado traje, se determinó á vengarse de los ofensores por el agravio que le habían hecho en dejarle vivo, sin duda para que le matase mas poco á poco el martirio de su sospecha y el tormento de su desengaño. Y después de satisfacerse Silvia de que la herida de la cabeza era sola la que producía aquella caliente púrpura, y no de tanto peligro como se imaginaba, aunque para quien le amaba como ella cualquiera dolor suyo, por pequeño que fuese, la atravesaba el pecho, habiéndole limpiado con sus manos alguna sangre que estaba detenida en el rostro, y apretándole un lienzo en la parte por donde el rojo humor fugitivamente salía, le preguntó el suceso, diciéndole que se espantaba que teniendo de su parte á un ángel que le defendía, se hubiese atrevido la menor ofensa, porque si ella viera á su galán en semejante estado, ó le habían de dejar sin agraviarle, ó había de probar ella primero los aceros, para que si después le acertasen al pecho, pareciese favor y no venganza. Tuvo Cardenio á novedad que á Silvia le pesase tanto de su desgracia, que la compasion está muy cerca de parecer amor, y para confirmar mas bien esta verdad, la refirió lo mismo que Silvia había escuchado, aunque la historia no era para

oída dos veces, pues celos para matar basta que de repente se imaginen; dijo, no que amaba á la labradora que había visto, sino que ella con una honesta voluntad le quería, porque lo primero fuera agravio para Silvia, y lo segundo era crédito para Cardenio; y si dijera que la amaba, diera ocasion á Silvia para cualquier desprecio, que aunque muchas con celos y desdenes aumentan su amor, otras suelen resfriar el deseo; y advirtiéndole Silvia que si callaba lo que padecía seria fuerza que Cardenio prosiguiese en aquel cuidado antes que viniese gente que la estorbase, fuyendo una disimulada risa, que si fueran necesarias lágrimas no había menester fingirlas, le dijo desta suerte:

Prométote, Cardenio, que me suele dar ocasion á que me ría ver en los hombres en tan poco tiempo tan diferentes y varios pareceres, y que habiendo nacido con alma poco firme y voluntad menos constante, os andeis quejando de nosotras toda la vida: ¿por ventura hay mudanza en alguna mujer que no proceda de culpa vuestra? Trato de las mujeres principales, que en las demás la inconstancia no es novedad, porque es costumbre. ¿Has oído decir alguna vez que una mujer admitiese otro cuidado siendo bien correspondida? No por cierto, porque la que aventura su recato, ó es por amor, ó por interés; desto segundo se libra la que es noble, pues queriendo bien y teniendo amor á su gusto, ¿qué mujer hay tan necia que le quiera perder, y mas estando su reputacion de por medio? Dirásme que, como se ve por la experiencia, la que es mas noble no suele permanecer en un empleo; y á eso respondo lo que al principio, pues no tienen ellas la culpa, sino quien las obliga á que intenten desatinos. ¿Qué culpa tendrá la mujer que se ve ofendida de un ingrato en la honra y en el gusto, si por verse libre de su memoria se olvida tal vez de su nobleza? Qué ha de hacer la que, llevada de su amor y movida de las lágrimas de un hombre, le da lugar en el pecho, y de ahí pasa á cuanto desea, que una vez rendida la voluntad, todo lo demás es fácil, si después de gozar lo que alcanzaron ruegos y lástimas, como se ve querido y tiene segura á la desdichada que le adora, apetece cuanto mira, y lo peor es que no para hasta matarla á pesadumbres y dejarla con las ofensas á los ojos? Pregunto, Cardenio, ¿esta mujer tendrá disculpa en intentar cualquier flaqueza? ¿Acaso las mujeres nacimos con obligacion de sentir vuestros agravios, sin buscar la venganza dellos? No teneis vosotros vergüenza de ofendernos, ¿y hemos de regatear nosotras el vengarnos? Quien tiene mas entendimiento, que es el hombre, no huye de ser inconstante, y ¿quieres que una mujer tenga cordura para sufrirle? Y si no, dime por tu vida, ó por la de aquella dama que te quiere tanto, que consiente que te la quiten, ¿acuérdate que no ha muchos días que te hallé contando á las selvas, no sé si mis cuidados ó tus mentiras, y después no me encareciste que te debía suspiros y te costaba desvelos? ¿No me dijiste que si se dilatara tu vida á infinitas edades, ni podías dejar de quererme, ni acertarias á saber olvidarme? Pues si esto es cierto,

como lo sabes tú y aquesos árboles, y agora te hallo en brazos de otra hermosura, que por lo menos te cuesta sangre y mas lo que está encubierto, dime, ¿qué confianza se puede tener del mejor hombre, ó qué mas hicieras si hubieras estado ausente algunos años, y yo después de haberte querido te dejara? ¿Tan presto te he parecido fea, y sin haberme gozado? ¿Tan presto te causaste de rogar á quien muchos ruegan? ¿Piensas acaso que vives en la corte, donde en el pedir y el conceder no hay mas distancia que la falta de ocasion? ¿Presumiste que era alguna mujer comun, que me había de rendir á los primeros engaños, que todas las palabras lo son cuando está á los principios la voluntad? Y si por dicha no pensaste tan mal de mí, dime, si, como era posible, aunque no ha sucedido, después de haber escuchado tus mentiras, me hubiera agradado de tu talle, y sobre todo de tu ingenio, ¿párecete que quedara buena, y párecete que tuviera culpa en vengarme de tus sinrazones y en publicar que eras ingrato, fácil y desconocido? ¿Fuera entonces yo la mudable en agraviarte ofendida, ó tú en ofenderme sin agraviarte? Cardenio, Cardenio, mira que es peligrosa cualquiera ofensa en las mujeres que son honradas, porque como sienten con mayor fuerza la injuria, intentan con menos piedad el castigo; lástima tendré de aquí adelante á la pobre que te quisiere, porque yo, aunque te tuviera en mis brazos, temiera que alguna vez habias de amanecer ajeno. ¡Ay de mí! si te hubiera creído, ¡qué de disgustos me prometiera! Libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden salirle á una mujer á los ojos; mucho te importara, ya que eres tan discreto, estar menos confiado de tus méritos, que á muchos les echa á perder, no el entendimiento que tienen, sino el saber que le tienen; y no creas que eres tan perfecto que has de rendir cuanto mirates, que visto de espacio, tienes muchas faltas que no conoces, porque te ves en el espejo de tu propia pasion.

Ya Silvia se iba enojando, aunque tan amorosamente, que con lo que le ofendía le enamoraba; pidióse Cardenio albricias, no de que Silvia le quisiese, porque los celos que tenía y lo que había oído aquella noche no le dejaban creer cosa en provecho suyo, sino de verla tan afable y humana, y por satisfacerla de su firmeza y darla á entender que ella había sido la primera ocasion de su mudanza, la dijo: ¿Para qué, Silvia, puede ser bueno encarecerme que todos los hombres son ingratos? Por decirme que yo lo he sido. En eso saben los cielos que hay mucho que averiguar. Es verdad que me hallaste repitiendo á estos campos lo que me debes, y aun lo que agora tan poco me pagas, pero no es verdad ni lo puede ser que me haya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra cosa tus sospechas, que yo que la siento sé que te engañas, y pluguiera al cielo, hermosa Silvia, que fuera verdad lo que has imaginado, pues á tí te importara poco, y yo viviera con mas descanso. Dices que estás contenta de no haberme creído ni querido, porque agora te hallaras tan mal pagada como bien quejosa. ¡Ay ingrata! no lo creas, ni bagas

ese agravio á mi voluntad, que si te parece que he sido mudable, puede ser que lo haya hecho por darte gusto; que cuando una mujer quiere bien, suele agradecer que no la traten de otros cuidados. Yo sé, Silvia, que tienes amor; yo sé que te desvelan otras penas, y esto de tan buen original, que hay quien lo ha escuchado de tu boca; pues dime, ¿es mucho que yo me entretenga de burlas si tú me estás ofendiendo de veras? ¿No sé cómo te has lastimado tanto desta pequeña herida, y tienes ánimo de darme la muerte por mil caminos. ¿No bastaba quererte, Silvia? No bastaba ser despreciado por quien tú sabes, sino querer que prosiguiera en amarte, y me viera perdido, cuanto ni tú me pudieras remediar, ni mi cordura me pudiera favorecer? Vete á la mano, y advierte que no es gallardía dejar que un hombre se vaya encendiendo cada día para darle con el desengaño en los ojos, á tiempo que no tenga mas consuelo que su desesperacion. Déjame probar si puedo olvidarte, pues te importa poco que yo te ame.

Confusa escuchaba la enamorada Silvia á Cardenio, y cuando iba á satisfacerle de aquel indigno pensamiento, la estorbó alguna gente, que con las nuevas del suceso venia á saberle con mas certidumbre, para que se previniese su remedio; y contentos todos de que la herida no era demasiada, si bien la falta de la sangre hacia mayor su desgracia, llegaron al lugar donde con general tristeza fué sentida, porque su cortesía le habia hecho tan bienquisto, que solo los celos, que ni miran á la piedad, ni atienden á la razon, tuvieron ánimo para ofenderle. Estuvo en la cama algunos días, regalado de Silvia y tan agradecido á sus favores, que con no tenerlos por seguros, hizo por ella una fineza, que á parecer de Silvia era muy grande, y fué escribir un papel á la que habia sido causa de su divertimento, diciéndola que él era en aquel lugar mas forastero que natural, porque aunque habia tenido en él la primera cuna, la ausencia le habia hecho extraño; y así, no quería disgustar á las personas con quien era forzoso vivir; y en efeto la desengañó claramente de que no habia de proseguir en su amor; y Silvia quedó tan gustosa, que le envió á decir con una criada de quien ella hacia confianza que en hallándose con fuerzas para salir de casa le quería hablar acerca de muchas cosas que pudiera ser que no le pesase de escucharlas. Contaba Cardenio las horas, deseando el dichoso día para pedirla descubiertamente que le desengañase: Silvia tambien rogaba por la mejoría de Cardenio, para hablarle menos esquiva y mas amorosa, porque ya le quería de suerte, que con ver que si sus padres supieran que se empleaba tan bajamente, no la habian de admitir por hija, y se habia de quedar toda su vida en aquel humilde traje, estaba resuelta á ser suya y á vivir con él, aunque perdiera mayores intereses. Y una noche que estaba el viejo Albanio riñéndola porque no daba crédito á la nobleza que no conocia, llamó á la puerta un hombre que preguntaba por Albanio, diciendo que un caballero le queria hablar. Bajó Albanio, y quedóse Silvia tratando con su pecho de la gallarda determinacion

que tenia; y apenas llegó el viejo á preguntar quién le buscaba, cuando una dama de lindo talle y gentil presencia se fué á sus brazos, y con mas admiraciones que palabras le dió á entender que era la madre de Silvia, que como la habia heredado la belleza no fué dificultoso conocerla presto; y luego su esposo que la acompañaba, con el deseo de ver á su hija, sin detenerse en otros cumplimientos rogó le llevasen á conocerla; subieron todos, y hallaron á Silvia que, espantada de aquella novedad, casi no consentia en los amores que le hacia su padre; y despues de haber solemnizado con regocijos y admiraciones aquella ventura tan deseada y lo mucho que debian á Albanio, le dijo la madre de Silvia cómo despues de haberla dejado del modo que sabia y haberle salido todo á satisfaccion de su deseo, estuvo muchos años sin ver á su esposo, si no es por la comunicacion de papeles y cartas, que son las visitas de los ausentes, porque dió muerte en Salamanca á un caballero de los mas principales della; y así, le fué forzoso ausentarse á parte donde pudiera estar sin peligro, hasta que con un perdon de su majestad habian cesado sus pleitos y destierros, y que volviendo á su patria y viéndose con la nobleza de un hábito y con hacienda suficiente para poder honrarle, movido de su voluntad, que, si es verdadera, no conoce al olvido, y confesando sus obligaciones, se habia ido á Granada para ver si habia remedio de gozar su esposa, y viendo los dos que su padre perseveraba en su desatino, se resolvieron en dejar una noche á Granada, y venirse á Madrid, llevando de camino á Silvia. Y encareciendo el peligro en que estaban si se detenian, porque su padre ó sus deudos fuera posible que los alcanzasen, dijeron á Albanio que sin mas prevencion era fuerza que Silvia se fuese con ellos, para llegar á Madrid antes que amaneciese. Nuevas fueron estas que desmayaron á Silvia tanto, que tuviera por muy gran dicha haber nacido de humildes padres, si la habia de costar el verse, no solo desigual de quien adoraba, sino en parte que no habia de pagarle aun con los ojos. Replió Silvia á tan rigurosa y fuerte determinacion, pero no la valió, porque sus padres estaban con temor y amor; el temor no les consentia detenerse, y el amor no les daba lugar á que la dejasen; y obedeciendo á la cruel sentencia, bañada en lágrimas y llevando traspasado el corazon por lo que dejaba, se despidió de Albanio en compañía de aquella criada que sabia sus desvelos, para descansar con ella y tratar de que Cardenio supiese la triste causa de su ausencia y procurase verse con quien tanto le amaba. Quedó Albanio encargado del secreto, aunque Silvia le rogó al despedirse, por el amor que la tenia, dijese á Cardenio de su parte lo que habia pasado, y él por consolarla se lo prometió, aunque despues, viendo que no podia estar bien á su calidad, le pareció que acertaria en no decirlo. Llegó Silvia á Madrid como se puede creer de quien iba muriendo, y con cada paso miraba mas lejos de sus ojos á quien era alma de sus pensamientos. Consideraba cuán al revés se habia cumplido el deseo de verse con su dueño; imaginaba tambien cuán injustamente

ofenderia su voluntad, sabiendo su ausencia. Apenas faltó Silvia, cuando todos echaron menos su hermosura, como era la joya de mas importancia; y estando Cardenio cuidadoso del descuido grande que tenia en avisarle de la ocasion en que le habia de hablar, porque ya se miraba con bastantes brios para hacer valentías en su salud, le vinieron á decir cómo fallaba de la casa de su viejo padre, y que se imaginaba que se habia ido con un hombre que la gozaba de secreto, que el vulgo nunca se contenta con decir lo que pasa. No quiso Cardenio dar crédito á estas nuevas por no agraviar á Silvia, que pensar mal del recato de una mujer sin informacion bastante es ofenderla en el honor y hacer poca confianza de su virtud; pero viendo que todos lo murmuraban y que en su casa no parecia, tuvo por cierta su imaginacion, y sospechó que el decirle que le tenia que hablar habria sido para consultar á solas el fiero desengaño de su determinacion, yéndose con el oculto merecedor de su belleza. Volviese loco, quejábale al cielo, llamaba á la muerte, y maldecia, no solo á Silvia, sino á las demás mujeres, que en semejantes casos la mudanza de una la pagan todas. ¡Ay, decía ciego de su pasion, crueles homicidas, rigurosas para quien os ama, y apacibles para quien os aborrece! ¡Quién pudiera vivir sin vosotras, para librarse de vuestros engaños y mudanzas! Siempre me acuerdo de aquellas palabras que decía Marco Aurelio hablando contra vuestra malicia: Mujeres, en acordarme que nací de vosotras desprecio la vida, y en pensar que vivo con vosotras amo la muerte; habló como discreto y como filósofo, y mas si pasaba entonces por la ingratitud de Faustina. Decís siempre que somos mudables, y estoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitud, sino porque lo pudimos aprender en el tiempo que estuvimos en vuestras entrañas. Vosotras sois siempre las quejosas, y nosotros los ofendidos, que como teneis fuerza en los ojos para mover á lástima, acreditais con lágrimas lo que disimulais con engaños. De todos nosotros decís infamias, y á cada uno de por sí haceis halagos. Yo te oí, Silvia, decir una tarde tantas injurias contra quien admitia mas de un desvelo en su corazon, que pensé que habia resucitado Lucrecia, ó que vivia Penélope; mas ya conozco que fué solamente querer acreditarte de buen gusto, porque como al vicioso, aunque lo sea, le agrada la virtud, así vosotras, aunque seais mudables, os parece bien la firmeza, y os quereis preciar de lo mismo que os falta. ¡Ay Silvia! eres mujer, y no puedes olvidar tu naturaleza; si amabas á otro, ¿para qué te entretenias conmigo? Si te desvelaban otras ansias, ¿para qué te lastimabas de mis heridas? Y si pasabas por tanta mudanza, ¿por qué culpabas mi poca firmeza? ¿Es posible que amando una mujer en una parte, aun le queda ánimo para querer en otra? Yo confieso que tuve por cierto que me amabas, pero engañéme, ó tú me engañaste, que no tiene un hombre obligacion de estar advertido de que las mujeres principales mienten; y ¿quién habia de pensar que no era muy seguro tu amor, si te vi casi llorar

de celos? Mas dime, ¿cómo fué posible confesarte celosa y librarte de tenerme amor, pues lo uno presupone lo otro? Mas paréceme que no fueron celos, sino envidia, pues á tí no te debió de pesar de verme con otra porque me amabas á mí, sino porque te parecia que era desestimarte á tí. ¡Ay, ingrata, qué mal cumpliste con la obligacion que debias á mi voluntad! Por tí, Silvia, dejé gustos, amigos y nobleza, pues me olvidé de lo que soy, por igualarme á tu ser; por tí vine á estas soledades convertido en villano, que Ovidio y el amor me animaron á semejantes desatinos; pues alguna paga merecia esta fineza; pero ya veo que soy loco en pedir agradecimiento á quien nunca supo conocer los beneficios. Así se quejaba el ausente Cardenio de su adorada Silvia, aunque sin razon, porque le amaba con tanta verdad que no vivia un punto sin su memoria, si bien desconfiada de su amor, porque como los agravios se toman mas atrevimiento en cualquier ausencia, y á Cardenio no le aborrecian en el lugar, temia y con razon, no fuese ingrato al mucho amor que la debia. Solia ir Albanio á la corte, y preguntábale si habia dicho á Cardenio que estaba en Madrid, y él respondia, por apartarla de aquel pensamiento, que sí, y que ya se cansaba de rogarle viniese á verla, porque vivia tan divertido en cuidados nuevos, que apenas le daba respuesta. Creyóle fácilmente Silvia, y empezó á injuriar la fácil condicion de Cardenio, vengándose con infinitas lágrimas de sus hermosos ojos, que como ellos son los primeros que tropiezan para que caiga la voluntad, son tambien los que sienten con mayor afecto la culpa de su caída. Ya todo esto sucedia en ocasion que los padres de Silvia andaban muy cerca de desposarse, y ella habia trocado el traje de villana por las costosas galas que pertenecian á su calidad, con las cuales estaba tan hermosa y desenfadada como si toda su vida se hubiera criado en ellas. Tambien Cardenio vivia en Madrid, porque en viendo que faltaba Silvia, dejó de ser villano, y volvió á su centro; y bajando acaso una noche hácia el Prado en compañía de cierto amigo suyo, que sabia reñir de noche, y callar de día, vieron una dama que iba sola y con algun susto. Llevaba en la cabeza un tafetan leonado, que la defendia la cara para no ser conocida, y descubierto un faldellin que no se supo de qué era, porque la mucha guarnicion no daba lugar á que se manifestase la tela; el olor daba á entender que era principal, ó por lo menos de buen gusto. Y llegándose á ella, la preguntaron si mandaba que la fuesen sirviendo. Que me sigais entrambos quisiera, respondió la dama, porque me importa dar unos celos á un hombre que me ha hecho cierto pesar en la comedia, y me holgara que me le pagase en otro tanto, hiriéndole por los mismos filos. Cogiéronla en medio, y dieron vuelta por todo el Prado, sin ballar á quien buscaban, y cuando ya se venian á su casa, les obligó á pararse un coche, que con cuatro músicos y otros tantos caballeros estaba junto al monasterio del Espíritu Santo, cantando á cuatro voces extremadamente. Sentáronse en las gradas de la iglesia por escucharlos con

ams comodidad, y despues de haber puesto fin á la música, y que ya el cochero guiaba á las fuentes de San Jerónimo, uno de los que venian dentro, que acaso reparó en la dama, mandando que parase, se echó del coche, y fué á reconocerla. Levantóse Cardenio y detúvole, diciendo que aquella demasia no la enseñaba la corte. Yo me precio, respondió el caballero, de tan compuesto y cortesano, que ninguno me ganará en esa materia; pero el amor, y mas si se aconseja con los celos, no repara en esos puntos; la dama que viene con vos lo es mia; si por cierto disgusto que la he dado quiere dármele, ya está conocida la treta. Lo que yo sé, replicó Cardenio, es que agora está conmigo, aunque no es mia. Pues ¿qué importa, dijeron los que venian en el coche, que esté ó deje de estar con él? Váyase agora solo á su casa, y agradezca que no es á la de un barbero. Parecióle á Cardenio y á su amigo que era mucha cordura sufrir tantas demasias, y sacando las espadas, se empezó la pendencia, dándoles, aunque eran tantos, bien en qué entender. Cúpole á Cardenio reñir con dos, mas á pocos lances el uno cayó á sus piés, diciendo á voces que le habian muerto. Empezaron los unos y los otros á recelar el peligro de la justicia, que en Madrid es milagro haber pesadumbre donde no se halle, y pareciéndole á Cardenio que el huir era dar ocasion á que le siguiesen, dejando aquella calle, hizo sagrado de la primera casa, y se entró en ella, pidiendo le diesen favor para poder deslumbrar á los que le quisieran ofender. Entonces un criado de la misma casa, que habia sido testigo de su valentía, le llevó al último cuarto, que estaba algo apartado, y tenia una puerta por la cual se podría pasar al de sus señores, para que si la justicia hiciera diligencias de buscarle, pudiera con facilidad defenderse de sus intentos, y dejándole cerrado, se volvió á ver el fin que habia tenido la pendencia para prevenirle de lo que habia de hacer. Quedó Cardenio algo temeroso del suceso; vióse á escuras y solo, sin saber adónde estaba, y despues de considerar su adversa fortuna y las desdichas en que le iba poniendo cada momento, vino á parar en la liviandad de Silvia y en el tiempo mal empleado que le costaba, y estando aconsejándose á sí mismo que olvidase un amor tan necio, sintió cerca de donde estaba pasos, y escuchando con atención; oyó que una mujer con ansias y suspiros daba licencia á sus tristes ojos para sentir alguna lastimosa tragedia. ¡Ay! decía anegada en diluvios de perlas, ¿de qué me ha aprovechado mi hermosura, si acaso la tengo, habiéndome sujetado á quien ya trata tan descuidadamente? ¿De qué ha servido mi resistencia hourada á tantos ruegos y finezas si en fin acaba en querer bien á quien me paga tan mal? ¿Qué me ha importado disimular mi amoroso desvarío, si al cabo le confesé, para quedarme con la vergüenza de haberme rendido y vivir sin el premio de haber amado? ¡Ay, Cardenio mio! si acaso lo puede ser quien está tan ajeno de escucharme y de corresponderme, ¿quién pensara que mujer que pagó con desprecio tantas verdades se hubiera de sujetar tan fácilmente á tus men-

tiras? Discreto eras para persuadir, pero muy necio te hallo en agradecer; noble pareces en las palabras, pero como villano has procedido en las obras. Castigo es esto que merece mi condicion ingrata, que siempre la que se precia de tratar mal á todos, llega á tiempo que la desprecia quien menos imagina. Admirado quedó Cardenio de oír su nombre en tan extraña parte, pero bien echó de ver que otro seria la causa de aquellas quejas, que tuviese su nombre, aunque no su fortuna. Volvió el criado para avisarle que podia salir seguramente, porque la justicia se habia contentado con prender á uno de los contrarios, y Cardenio, agradecido á la merced que le habia hecho, despues de pagarle su cuidado con algunos escudos, le preguntó el dueño á quien servia, y él entonces le respondió que á un caballero que venia á desposarse con una dama á quien habia años que amaba y confesaba obligaciones, y que traía consigo una hermosa hija que se habia criado tres leguas de la corte, viviendo siempre encubierta, hasta que sus padres pudieran seguramente llamarla suya.

Todas estas cosas escuchaba Cardenio tan fuera de sí como admirado de la historia de Silvia, y volviéndose al criado, le dijo: Sin duda es esa dama una que poco ha oí quejarse tiernamente. Si sería, le respondió, porque despues que vino del lugar donde estaba son tantas las locuras y sentimientos que hace, que con ser mucha su virtud, no la faltado en casa quien piense que sus tristezas nacen de algun amor que deja en Pinto, porque aunque ella dice que solamente el verse sin Albanio, que es á quien ha tenido en lugar de padre, la tiene descontenta, yo creo otra cosa, porque algunas veces la he oído quejarse de un hombre que llama Cardenio, y por esto presumo que no es solo el amor de Albanio el que la tiene tan triste. Harto fué que Cardenio pudiese sufrir el gusto de tan alegres nuevas; pero disimulando cuerdamente, le rogó que, si fuese posible, llevara un recaudo de su parte á aquella dama, diciendo que un caballero que habia vivido muchos años con Cardenio la suplicaba le diese lugar para poder verla y darla una carta suya. Bien echó de ver el criado que era atrevimiento ir con este recaudo á su señora; pero como sabia que cualquiera cosa disimula una mujer por escuchar á quien la trata en su amor, fué á Silvia, que ya se llamaba doña Juana, y la contó el suceso. Admiróse Silvia, y viendo que aventuraba poco, y que podia desengañarse en mucho, hizo que se abriese aquella puerta, y fué á verse con él.

Igual fué la suspension de entrambos cuando llegaron á verse en tan distinto hábito; el amor le decia á Silvia que el que tenia presente era su dueño, mas el traje no la consentia que lo creyese. Tambien Cardenio, viéndola en tan diferente hábito, se suspendia; mas Silvia, con agudeza de mujer, imaginó que sin duda, sabiendo Cardenio su nueva nobleza, para no desenamorarla, habia hecho aquella trasformacion, y así empezó luego á encarecer lo poco que la obligaban aquellos disfraces, porque ella se habia inclinado, no á las humildes galas, sino al noble corazon, no á la corteza villana,

sino al entendimiento cortesano, no al pobre vestido, sino á la rica voluntad, y que no se desvolase en las exteriores apariencias, que son accidentes para quien ama, pues mas le quisiera villano y constante que galan y falso; y así, que se volviese á entretener con quien él sabia, que ella procuraria que le diese poco de un hombre que no la merecia, pues con su humilde nacimiento la deshonraba, y con su inconstante trato la ofendia; pero que advirtiese que no le dejaba por verle tan inferior á su sangre y á su fortuna, sino porque le hallaba tan desigual á su honesto amor y firme correspondencia, aunque se consolaba con que sabria morir, sufrir y callar sus penas, por no llegar á verse en los brazos de un hombre que, avisándole cada dia de dónde estaba, y rogándole que la viniese á ver, no solo no lo hacia, sino que respondia con desprecios á quien le trataba en ello.

Mas dijera Silvia si la dejasen sus hermosos ojos, porque con la fuerza grande del sentimiento reventaba por descansar llorando. Suspendióse Cardenio, viendo las injustas quejas que tenia de su voluntad, pues desde el dia que se ausentó de Pinto, ni habia tenido recaudo suyo, ni por parte de Albanio habia sabido dónde estaba, y así la respondió que si queria emplearse en quien mejor la mereciese, no era menester valerse de excusas, que él viviria muy contento con verla, aunque fuese en otro poder, como supiese que era gusto suyo; pero que se desengañase de que él ni era Cardenio ni villano, aunque tanto tiempo lo habia parecido, sino don Diego Osorio, que para crédito de su nobleza bastaba decir que tenia alguna sangre en la casa de Lemos, y que él era quien pasando por Pinto se enamoró de su hermosura, y la habló cierta noche, aunque por ser demasiado oscura no le habia conocido, y que despues por verla y por obligarla á su amor se habia disfrazado de aquella suerte, y que cómo podia quejarse de su descuido, pues nunca supo la mudanza de su estado, porque al punto que se murmuró que faltaba, viendo que Albanio ni otra persona daban nuevas della, sino que todos se encogian de hombros y respondian suspirando, como no le tenia en el lugar mas que su belleza, y acabándose el fin cesa la voluntad de los medios, se habia venido á la corte; y saliendo aquella noche con un amigo le sucedió un disgusto, y huyendo del rigor de la justicia, se habia favorecido de su casa, en la cual oyendo su nombre entre suspiros y lágrimas, se habia informado de tan peregrino suceso, y así no la queria obligar á nada que no fuese con mucho gusto suyo, ni queria pedirle mas que licen-

cia para pretender servirla; y para informarse de su mucho amor, considerase quién habia hecho mas, élen olvidarse de su nobleza y quererla imaginándola tan desigual, ó ella en querer librarse de su amor, por imaginarle villano. A lo cual respondió Silvia que aunque un honrado viejo, á quien tenia en opinion de padre, la habia dicho la nobleza que tenia, con todo eso, sin reparar en este inconveniente ni en los consejos que le daba su recato, su virtud y su calidad, le habia amado siempre; que la noche que escuchó de su misma boca decir que tenia amor, era muy cierto, porque si queria acordarse, habian estado toda aquella tarde juntos, y desde entonces empezó á tener principio su voluntad; y para que echase de ver cómo habia podido mas con ella su amor que su calidad, leyese aquella carta que tenia escrita para que se la llevase Albanio, y sacándola por abono de su firmeza, se la dió, y Cardenio vió que decia:

«Si con el nuevo hábito hubiera perdido el amor que me tengo, yo pienso que me lo agradeciera mi sangre, mas ha sido tan al revés, que nunca estuve tan resuelta á ser tuya. Quien te diere esta te dará razon de mi casa y calidad, que aunque hay entre los dos tanta distancia, mi amor te hará noble, que bien podrá con lo que tiene de rey.

»DOÑA JUANA OSORIO.»

No tuvo Cardenio con tan verdaderos desengaños qué dudar, ni á Silvia con amor tan conocido la quedó qué temer, y quedándose Cardenio aquella noche en el mismo cuarto, por el peligro que podia tener si salia, y porque la voluntad de Silvia no llevaria bien otra cosa, á la mañana habló Silvia á sus padres, y les refirió toda la verdad del suceso; y como ellos tenian tan fresco el suyo y sabian los desatinos que causa querer impedir á una mujer su voluntad, lo recibieron con mucho gusto, y su padre conoció á Cardenio, que por sus costumbres y nobleza lo era en la corte. Vinieron de Granada los que imaginaban sus enemigos, y viendo, no solo empleada tan noblemente á su hija, sino hallando una nieta tan hermosa que se llevaba los ojos de cuantos la miraban, trocaron en paz el enojo, y en contento la pesadumbre. Gozó Cardenio de su amada Silvia, y publicándose por la corte una invencion de amor tan nueva, celebraron la mucha ventura de Cardenio y la divina belleza de Silvia, va hermosa dama de la corte, si algunos años humilde villana de Pinto.